

# Las poetas

*Lea Fletcher*

Si las antologías contienen poemas de algunas de las escritoras argentinas decimonónicas, la fuente más rica se halla, sin duda, en las revistas de y/o para mujeres de aquel siglo. En dos de ellas, *La Camelia* y *La Aljaba*, no figuran los nombres de las autoras. En la primera, excepto por los poemas firmados por un hombre, la firma consta sólo de un nombre de pila, como, por ejemplo: Laura, Adela o Hadalia (una vez sin la «h») y en la otra no hay ninguna firma, pero se sospecha que la autoría corresponde a la directora, poeta además de periodista. En las otras revistas el caso es distinto, pues casi todas las colaboraciones poéticas –y hay muchísimas– llevan los nombres de las autoras, entre los que figuran numerosas latinoamericanas.

En el presente trabajo abordaré preferentemente sólo la obra de escritoras argentinas con nombre y apellido o con un pseudónimo reconocido –es decir, sabemos quién lo usaba– que aparecían en esas revistas. Dejaré para otra investigación más profunda el abocarme de manera específica a los seis libros de poemas de mujeres que, de todas formas se dieron a conocer, en gran parte, en esas publicaciones periódicas. Los libros son, en orden de su aparición: *Desahogos del corazón* (1864) de Rosa Guerra; *Armonías del alma* (1876), de Silvia Fernández; *Lirios silvestres* (1877), de Josefina Pelliza de Sagasta; *Lágrimas: ensayos poéticos* (1878), de Agustina Andrade; *La flor de la montaña* (1887), de Ida Edelvira Rodríguez; y *Pasionarias* (1887) cuentos y poesía de J. Pelliza de Sagasta.

En la poesía femenina del siglo diecinueve los temas tratados van desde la política hasta el amor, desde lo nacional hasta lo extranjero, desde lo religioso hasta la maternidad, desde la actualidad hasta el remoto pasado histórico. El tono es casi siempre serio pero a veces burlón o irónico y otras, desafiante. En términos formales existe una correspondencia con las formas fijas de la época: desde el soneto a la décima y de ésta al romance y por supuesto no se descartan los ripios ni los juegos tales como el acróstico y la charada.

Comencemos con la primera composición poética de una mujer argentina. Curiosamente, o no tanto, no se conoce su identidad. Según Ramón Díaz, el antólogo del libro *La lira argentina* (ca. 1824) en que apareció el

poema en cuestión –unas décimas– era de «una joven argentina aficionada a las musas». Comparto la opinión de Helena Percas cuando dice que, aunque el poema es mediocre, tiene un valor «documental». El tema, como demuestran los siguientes versos, es político, específicamente referido a los actos en contra de la Argentina, que ya se había declarado independiente de España, cometidos por el virrey Elío: «Un virrey sin nombramiento,/ sin autoridad elegido,/ que tiene el juicio perdido/ es mi único argumento». Una mujer tan interesada en la política que llega a escribir un poema sobre el tema, por mediocre que sea, era una mujer con conciencia pública, amén de saber escribir. Como sabemos, en esa época –y después también– ése no era un privilegio de que gozaban las mujeres. Por eso el anonimato. Pero lo escribió y lo publicó. Obviamente pertenecía a la clase privilegiada, a una familia con ideas progresistas evidenciadas en la educación de su hija.

Años después, durante el régimen de Rosas, las mujeres que escribían poesía se encontraban en los dos campos: el unitario y el federal. En general, aquellas composiciones tienen más valor histórico que literario. En el campo federal se hallaba la hermana de Rosas, Mercedes Rosas de Rivera, «la Safo federal». Escribió un soneto partidario que la convirtió en objeto de burla en la novela *Amalia* de José Mármol. La autora se lo recriminó al novelista cuando se conocieron años después, diciéndole que su trato burlesco sería injustamente recordado, más que todo lo bueno que ella había hecho o escrito. Efectivamente, dicha novela se reedita hasta el día de hoy y que yo sepa, nunca se ha reeditado aquel poema. En el campo unitario se encontraba Juana Manso, exiliada en Uruguay con sus padres. Según la rigurosa investigadora de su vida y obra, María Velasco y Arias, Manso llegó a publicar varios poemas que fueron recibidos con halagos por un lado y por otro, con crítica y hasta burla. Entre sus versos desiguales se encuentra el poema, «La mujer poeta» donde «se duele de la tierra yerma que se destina a las mujeres cuando sienten la voz de la poesía en sus corazones»: «Resuena su lira en mustio desierto/ Que Dios solo escucha su tímido canto/ Y el himno más bello del noble poeta/ Lo expresa su rostro bañado de llanto./ Mas ¡ay! que en sus ojos que vagan llorosos/ ¿Quién lee del poeta la augusta misión?/ ¡¡Mujer!!!...la desprecian, el mundo se ríe/ Y al mártir rodea la fría irrisión» (Velasco y Arias, 1956). De regreso a la Argentina tras la caída de Rosas, Manso edita la revista *Álbum de Señoritas* en que reproduce un poema escrito una noche en Río de Janeiro, poco antes de su casamiento, como un diálogo poético entre ella y Alejandro Magariños y Cervantes en el cual le confiesa su amor por Noronha, su futuro esposo, y su temor de que se esfume todo. Introduce el poema a las lec-

toras de la revista, finalizando con estas palabras: «hé ahí lo que yo escribía (en ese tiempo [1844] aun tenía la pretensión de hacer versos) [y más adelante dice] no somos Benjamin Constant y Mme. Staël, pero él es Magariños y yo... soy la humilde redactora del *Álbum de Señoritas*» (Nº 3, 15.I.1854). El único otro poema publicado en esta revista lo escribió Manso en ocasión de la muerte de «mi compatriota la Sra. Da María Alvarez de la Peña, Río Janeiro, abril de 1850».

Volviendo unos años atrás, hasta finales de 1830, encontramos *La Aljaba*, la primera revista femenina argentina dirigida por una mujer, la uruguaya Petrona Rosende de Serra. Como el propósito de esta publicación era «formar hijas obedientes, madres respetables y dignas esposas», se ofrecen en ella «Variedades instructivas, anécdotas selectas, pasajes históricos, y la poesía (que tan apreciada es para las americanas...)» (*La Aljaba*, Prospec-to). Se dirige con mucho ahinco a un tema que no está incluido en su prospecto: la educación de las mujeres, tanto formal como informal. Su tono ameno, de asesora o amiga, adquiere un volumen vehemente al atacar a los que se oponen a la educación de las mujeres. La mayor parte de los poemas, que suelen ser moralizantes y/o patrióticos, reflejan los intereses de esta publicación, por ejemplo: «¡Cuán grande, cuán excelso,–/ Amor patrio te vuelves, en el pecho/ De una débil mortal!!/ ¿Cómo és que la muger, á quien naturaleza/ Colocó en una esfera limitada,/Resiste ese gran fuego en que, abrasada/ Se consume anhelosa é impaciente?.../ Mas ¡Ah! que en valentía es eminente:/ Ella no rinde vida solamente,/ Coma [sic] la rinde el hombre, siempre fuerte;/ Ella con energía, con valor, con corage,/ Sacrifica en tus aras lo que le es más amable,/ La que vida en sí propia tubo vida,/ La vida que en su sangre fue nutrida» (Nº 6, 3.XII.1830).

Ahora estamos en 1852 con *La Camelia* cuyo lema «Libertad; no licencia; igualdad entre ambos secos (*sic*)» que aparece en el logotipo de cada número, se explicita en el primero: «Los hombres pretenden enagenar para sí solos la libertad; es decir, quieren ser exclusivamente libres y empiezan por no saber ser justos; pues bien, sea, les arrojamos el guante, recójanlo si son osados que después de presenciar su derrota; les permitiremos asistir á nuestro triunfo, no como trofeos; somos sobrado generosas, si como una segunda parte de nosotras mismas; la fusión será completa, se estenderá á los dos secos» (Nº 1, 11.IV.1852). Como la identidad de «las redactoras» –por una carta de lectora suponemos que eran tres mujeres– el primer poema es anónimo y lleva el sencillo título «Poesía»; es representativo de todos los poemas de mujeres –recordemos que hay algunos con firma de hombre–: «Descuella entre las flores presumida,/ Y en elevado trono allí aparece,/ Una rosa:/ Que a nuestra vista parece nos ofrece,/ El alhago, y

sonrisa cariñosa/ El ambiente que exala seductor,/ Llama y atrae al infeliz mortal./ Que inadvertido:/ Se lanza, se violenta, ¡he ahí el mal!/ De una sola espina queda herido,/ ¡Oh veneno activo que se encierra,/ En la agudeza y triste espina/ De una flor!/ Causando en el viviente toda ruina,/ De angustia, de tristeza, de dolor./ Óyese el lamento y el gemido,/ Del ser infeliz que enagenado,/ en su pesar:/ Maldice su suerte: de verse ultrajado,/ El tiempo le dice; me sabrá vengar./ Mas ella se place de ver afligido,/ Aquel que á su trono, su mano elevó,/ Y placentera:/ Muy caro le dice, mortal te costó,/ Usa de denuedo, con una guerrera».

Para comprobar la representatividad de ese poema, transcribo el primero con firma –Laura– que reza así: «Hombre infiel y sin constancia/ A quien amo con delirio/ Ven suaviza el cruel martirio/ Que tú me haces padecer.// Ven y contempla un instante/ A la que juraste amor,/ Que entre pena y sinsabor/ Que gusto podré tener.// Ven y contempla si puedes/ A la que tanto te ha amado,/ Y sáciate con agrado/ De su pena y su tormento.// Y cuando mires ufano/ La hechura de tus desdenes/ Dí que tú ni á Dios le temes–/ Ni á nadie tienes amor.»// (Nº 3, 15.IV.1852). Una mujer desdeñada en el amor es una cosa, pero injuriada su inteligencia, se venga en un poema –de nuevo firmado por Laura–: «...Que yo al fin, pobre mujer,/ Sin Lira con que cantar,/ A penas puedo ofrecer,/ Una aguja de coser/ O un bastidor de marcar–// Pero así mismo, por dios!/ Que bien difícil le fuera/ Ganar la palma primera/ Versificando los dos–// Y desde ahora, vate mío,/ Al lauro de tu desdén,/ Con mi númen desafío;/ Que no arrancará tu brío,/ Este que llevo en mi sien–// Pero será una vergüenza/ Que una infelice mujer,/ en métrica lid os venza,/ Y amarre vuestro poder/ Con las hebras de su trenza...».

Las 640 páginas de *La Ondina* que pude consultar dan albergue a gran cantidad de poemas de escritoras argentinas, en particular a Silvia Fernández (casi 20 poemas) y Josefina Pelliza de Sagasta (4). Juana Manuela Gorriti y Bernabé Demaría inventaron a la poeta Ema Aurora Berdier, cuyos trabajos aparecen varias veces en las páginas de esta revista y reciben palabras elogiosas del renombrado crítico Rafael Obligado. Creo que hay otro juego poético entre «Ema Berdier» y Josefina Pelliza de Sagasta, pues aquélla le dedica un poema y ésta le corresponde con otro en que –si se sabe que Gorriti y Pelliza de Sagasta eran amigas– es difícil dejar de entender el doble sentido travieso de sus versos.

La poesía de Silvia Fernández que aparece en esta revista cae en dos categorías dentro del sentimentalismo de la época: religiosa o amorosa. Como vimos en los poemas de *La Camelia*, Fernández también cultiva la imagen de la mujer como una flor con espinas: «No has visto una fresca rosa,/ Bella, graciosa y lozana,/ Cual la luz de la mañana,/ Cual el hábito de amor.// Y al